



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2014
Ximena Castro
EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS: MÁS ALLÁ DE LA DICOTOMÍA INDIVIDUO-SOCIEDAD
Revista Affectio Societatis, Vol. 11, N.º 21, julio-diciembre de 2014
Art. # 8 (pp. 102-121)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

EL SUJETO DEL PSICOANÁLISIS: MÁS ALLÁ DE LA DICOTOMÍA INDIVIDUO-SOCIEDAD

Ximena Castro¹
Universidad Icesi, Cali, Colombia
xcastro@icesi.edu.co

Resumen

Mediante una aproximación a la noción de sujeto desde una perspectiva psicoanalítica fundamentada en Freud y Lacan, este artículo teórico busca problematizar la dicotomía psicología individual versus psicología social, dicotomía que aún opera en ciertos ámbitos y debates académicos. El énfasis que esta postura psicoanalítica pone en la inscripción simbólica de la subjetividad, así como su introducción de una necesaria distinción conceptual entre el *sujeto* y el *yo*, contribuye a la teorización de la subjetividad más allá de todo reduccionismo individualista o socioestructuralista. Asimismo, con el propósito de animar debates interdisciplinarios, se explicitan al final puntos de convergencia y divergencia con algunos discursos psicológicos y sociológicos hegemónicos en la actualidad.

Palabras clave: sujeto, lazo social, discursos, psicología social.

THE SUBJECT OF PSYCHOANALYSIS: BEYOND THE INDIVIDUAL/SOCIETY DICHOTOMY

Abstract

Through an approach to the notion of subject from a psychoanalytic perspective based on Freud and Lacan, this theoretical paper seeks to discuss the dichotomy between individual psychology and social psychology and that operates even in

certain academic fields and debates. The emphasis of this psychoanalytic approach on the symbolic inscription of subjectivity, as well as its introduction of a necessary conceptual distinction between the “subject” and the “I”, contributes to theorize subjectivity beyond any individualist or socio-structuralist reductionism. In order to encourage interdisciplinary discussions, points of convergence and divergence with some psychological and sociological discourses currently hegemonic are also specified at the end.

Keywords: subject; social bond; discourses; social psychology

LE SUJET DE LA PSYCHANALYSE : AU-DELÀ DE LA DICHOTOMIE INDIVIDU-SOCIÉTÉ

Résumé

Grâce à une approche de la notion de sujet à partir d'une perspective psychanalytique fondée sur Freud et Lacan, cet article théorique cherche à mettre en question la dichotomie psychologie individuelle face à la psychologie sociale, dichotomie qui opère encore dans certains milieux et débats académiques. L'accent mis par cette perspective psychanalytique sur l'inscription symbolique de la subjectivité, ainsi que son introduction d'une nécessaire distinction conceptuelle entre le « sujet » et le « moi », contribue à la théorisation de la subjectivité, au-delà de tout réductionnisme individualiste ou socio-structuraliste. De même, des points de convergence et de divergence par rapport à certains discours psychologiques et sociologiques hégémoniques d'aujourd'hui sont explicités à la fin, dans l'intention de motiver des débats interdisciplinaires.

Mots-clés : sujet, lien social, discours, psychologie sociale

Recibido: 04/02/14

Aprobado: 14/03/14

¹ Psicóloga de la Universidad de los Andes (Colombia). Máster en Estudios Psicoanalíticos, New School University (New York). Máster en Psicoanálisis, Université Paris 8 (Francia). Profesora del Departamento de Estudios Psicológicos de la Universidad Icesi, Cali, Colombia.

Quien haya transitado por una facultad o departamento de psicología en algún momento de su trayectoria académica, ha estado expuesto a un ejercicio clasificatorio de las áreas y escuelas de la psicología en una de dos categorías que se presentan como campos excluyentes: la psicología individual o la psicología social. En este contexto, el psicoanálisis siempre ha sido catalogado del lado de la psicología individual desconociendo los desarrollos conceptuales, en particular de Freud y Lacan, que permiten pensar la categoría de sujeto más allá de una dicotomía individuo-sociedad. En el presente artículo me propongo hacer una revisión de dichos constructos teóricos con el ánimo de provocar un debate sobre la subjetividad y el lazo social; debate frente al cual, en mi opinión, la ciencia psicológica está en deuda desde la asunción *quasi* hegemónica del modelo de la metáfora computacional para la explicación de los procesos psicológicos.

En la introducción de su texto sobre la psicología de las masas de 1921, Freud propone de forma explícita la disolución de esta dicotomía con el siguiente argumento que vale la pena citar textualmente:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo [...] En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo (Freud, 2004/1921: 67)

En este texto Freud desarrolla lo que podríamos llamar una teoría psicoanalítica sobre el vínculo social dejando sin fundamento el prejuicio, ampliamente difundido, de que el psicoanálisis ignora lo social. Intentando responder a la pregunta sobre aquello que mantiene la cohesión social, Freud introduce dos nociones centrales de su teoría social: La *identificación* y el *ideal del yo*. Es así como desemboca en la definición de una masa primaria como “una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su *ideal del yo*, a consecuencia de lo cual se han *identificado* entre sí en su yo.” (Ibíd.:110. Las cursivas son nuestras) En virtud de los lazos de identificación que se establecen con el conductor de la masa, ubicado en el lugar del ideal del yo por todos los miembros de la misma, se establecen los lazos horizontales entre los miembros. La fórmula de la constitución libidinosa de la masa, planteada por Freud, ha abierto el campo para el análisis de una amplia gama de fenómenos sociales y políticos en función de las leyes de la subjetividad (Berenguer, 2009). ¿Cuáles son estas leyes? ¿A qué sujeto se refiere Freud? ¿Cómo se entiende desde el psicoanálisis la relación individuo-sociedad? El abordaje de estas preguntas exige, en un primer momento, retornar a Freud para ubicar en su obra las tesis que fundamentan una teoría psicoanalítica de la subjetividad, para luego pasar a las elaboraciones que sobre esta noción desarrolló Lacan.

Si bien Freud no se refiere en sus escritos a la noción de sujeto, es importante dilucidar las consecuencias que tiene el planteamiento de la hipótesis del inconsciente para la concepción de subjetividad con la que

opera el psicoanálisis. Es aquí donde se ubica precisamente el punto nodal del descubrimiento freudiano, descubrimiento cuya esencia se traduce en la introducción de una “nueva figura del sujeto” (Cottet, 2006: 2).

El sujeto dividido por el inconsciente, o la invención de Freud

En sus trabajos sobre la metapsicología, Freud defiende la necesidad y legitimidad de la hipótesis del inconsciente: “En sanos y enfermos aparecen a menudo actos psíquicos cuya explicación presupone otros actos de los que, empero, la conciencia no es testigo” (Freud, 2004/1915: 163). La experiencia clínica, al lado del entusiasmo por la aplicación de su hallazgo a la psicopatología de la vida cotidiana, llevan a Freud a detenerse en una serie de fenómenos psíquicos que dan prueba de la existencia de lo inconsciente: síntomas, sueños, lapsus, actos fallidos, chistes. Las formaciones del inconsciente fueron abordadas por el Freud formado en el positivismo austríaco como datos objetivables, y como hechos de discurso por el Freud de vena romántica y lector de Goethe. De esta última vertiente surgió una disciplina de la interpretación que ha puesto en marcha los recursos que permite la gramática, la lógica, así como el mito y la tragedia (Cottet, 2006).

Fue a través de los síntomas que presentaban las pacientes histéricas de su tiempo que Freud se alejó de la ciencia médica e inauguró el campo del psicoanálisis. La histeria daba cuenta de un cuerpo que no era equivalente al organismo. Las anestias, parálisis, anorexias, disneas que manifestaban estas mujeres no obedecían a las leyes fisiológicas y, por esta razón, se convirtieron en un desecho del saber médico. Debido al anti-anatomismo en la manifestación de sus síntomas, las histéricas eran tildadas por los médicos de simuladoras y manipuladoras. Ubicándose en una posición de escucha que en un principio no le resultó evidente, Freud entendió que el síntoma era portador de un mensaje, un mensaje susceptible de desciframiento si se le daba al paciente la posibilidad de hablar sin censura, de asociar libremente. La asociación libre instaurada como la regla fundamental del método psicoanalítico inventado por Freud, abrió el camino hacia el desarrollo de otra hipótesis fundamental de su teoría: la sexualidad infantil.

Dicha teoría, terriblemente incomprendida, ha llevado a los detractores del psicoanálisis desde la época de Freud a las ya suficientemente vulgarizadas acusaciones de pansexualismo, dejando de lado lo esencial de la doctrina pulsional psicoanalítica y su importancia capital para el abordaje de los síntomas y otros fenómenos anímicos. A pesar de las múltiples críticas, discordias teóricas y disidencias en la comunidad psicoanalítica, Freud defendió, sin tregua y sin concesiones, la originalidad de sus hallazgos. Falto de modestia, llegó incluso a ubicar su descubrimiento en la serie de las grandes revoluciones de la ciencia, al lado de nombres como el de Copérnico y Darwin. En efecto, dedicó varios textos y conferencias a exponer las

razones que llevan a la resistencia contra el psicoanálisis.² Si en algunos lugares y momentos la aparición del psicoanálisis suscitó una acogida vacilante o indiferente, en otros, afirma Freud con cierto dramatismo, produjo antipatía, indignación, burla e incluso escarnio, es decir, reacciones más afectivas que intelectuales. Al poner de relieve lo inconsciente y lo pulsional en la vida anímica, el psicoanálisis convocó críticas feroces y fue tildado incluso de enemigo de la cultura (Canedo, 2003).

Haciendo un uso mítico de la revolución copernicana, Freud muestra que con su descubrimiento, toda la relación del sujeto consigo mismo cambia de perspectiva. “El yo ya no es el amo en su propia casa [...] No cabe asombrarse, pues, de que el yo no otorgue su favor al psicoanálisis y se obstine en rehusarle su crédito” (Freud, 2004/1917: 135). Una nueva figura del sujeto hace entonces su aparición: un sujeto dividido por la presencia de lo inconsciente. A partir del descubrimiento freudiano, el centro del ser humano ya no está en el mismo lugar que le asignaba toda la tradición científica y humanista. Además, Freud plantea que es la sexualidad la que rige en el centro de todo lo que sucede en el inconsciente, *en tanto falta o pérdida*. El inconsciente no es únicamente un conjunto de representaciones que han sido desalojadas de la conciencia, a través del mecanismo de la represión, sino que también comporta la traza de la pérdida de un objeto primordial de satisfacción. Esto significa que el inconsciente freudiano está atravesado por la pulsión, es decir, por un empuje constante a la satisfacción.³

El psicoanálisis ubica sobre una nueva base la concepción de la subjetividad; una concepción inextricablemente enlazada con implicaciones de orden ético, ya que no se limita “a afirmar en abstracto esas dos tesis tan penosas para el narcisismo —la significación de la sexualidad y la condición de inconsciente de la vida anímica— sino que las demuestra en un material que *toca a cada quien y lo obliga a tomar posición frente a ese problema*” (Freud, 2004/1917:135. Las cursivas son nuestras).

Es pertinente aclarar que la noción de sexualidad en psicoanálisis, desde Freud, no se reduce a una aproximación biológica o fisiológica. Tampoco puede confundirse con la equivalencia que se ha construido desde el sentido común entre sexualidad y genitalidad. La aprehensión del concepto de sexualidad en

² Son tres fundamentalmente los textos en los que Freud toma estas referencias, todos ellos dirigidos a un público intelectual amplio y no a psicoanalistas. Se trata de: la “18ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. La fijación al trauma, lo inconsciente”, “Una dificultad del psicoanálisis”, ambas de 1916, y la tercera, de 1924: “Las resistencias contra el psicoanálisis”.

³ Desde sus primeros textos psicoanalíticos, Freud desarrolla el mito de Das Ding (La Cosa) como primera experiencia de satisfacción. El encuentro del sujeto con La Cosa que procura la primerísima experiencia de satisfacción, lo compelerá incesantemente a la producción de objetos del deseo a través de la dialéctica de las representaciones, como algo que intenta recuperar esa experiencia de satisfacción; pero que, al mismo tiempo, en cada momento de producción de cada objeto concreto del deseo, se sitúa en una dimensión de un menos, de una pérdida con respecto de esta experiencia de satisfacción primordial. Asimismo, Freud formuló el concepto de pulsión (trieb), concepto límite entre lo psíquico y lo somático que designa la delegación energética en el psiquismo de una excitación somática de origen interno. Para Freud, lo pulsional se soporta en un espacio de ‘trabazón’ entre lo psíquico y lo somático, al definirlo como “una medida de exigencia de trabajo impuesta a lo psíquico en su trabazón con lo corporal”. También se lee en Freud que la noción de pulsión, central en su concepción del aparato psíquico, trae consigo la imposibilidad de la homeostasis.

psicoanálisis pasa necesariamente por la revalorización de la noción de división subjetiva.⁴ La cuestión radica en precisar aquello que tiene lugar en el descubrimiento freudiano para producir esta división. Cabe preguntarse sencillamente qué es lo que viene a dividir al sujeto. Si tal como lo plantea Freud,

[...] el yo ya no es amo en su propia casa, se debe sin dudas a que algún demonio lo empuja fuera de allí. Y ese demonio es para Freud, el deseo en el sentido más extenso del Eros platónico, con la diferencia de que, respecto de sus ideas, no está inspirado por el cielo sino por los deseos de la infancia (Cottet, 2006: 3).

Lo importante aquí es la cuestión *del rechazo del deseo* que se produce tempranamente en el sujeto, más que la suposición de la supervivencia de estadios superados o de la influencia de los padres en un sentido u otro. Es en tanto rechazado que el deseo persiste y causa en el sujeto una división estructural. Los casos de histeria que trabajó Freud desde el comienzo del psicoanálisis son el vivo testimonio respecto del rechazo de la satisfacción sexual. No hay que olvidar que fueron precisamente las asociaciones de las histéricas las que condujeron a Freud a precisar el vínculo entre el síntoma, la sexualidad y lo inconsciente. Si se pasa por alto la referencia a esta triada, será imposible situar al sujeto del psicoanálisis, el sujeto del inconsciente. Se trata de un sujeto diametralmente opuesto al sujeto cartesiano, aquel que se despliega sobre la base fundamental de la razón: "Si el genio maligno cartesiano se detiene frente a un punto absoluto de densidad del sujeto, de coherencia del pensamiento, debemos decir que *el genio freudiano ataca la identidad misma del sujeto*, es decir, que atrapa al sujeto en ese punto donde no puede decir ergo sum" (Miller, 2003: 1. Las cursivas son nuestras).

El sujeto del psicoanálisis es aquel que hace su aparición en el lapsus, el chiste, el acto fallido, el sueño. Es el sujeto que no sabe siempre lo que dice y que dice siempre más de lo que quiere decir.

La categoría de sujeto en la enseñanza de Jacques Lacan

El abordaje de la noción de sujeto desde la perspectiva psicoanalítica conduce necesariamente a los desarrollos teóricos de Lacan. En la misma línea de Freud, cuyas categorías conceptuales encuentran una inscripción en lo social, tal como ocurre con la noción de identificación, entendida como una inscripción psíquica de la realidad social, Lacan incluye la relación con el Otro, es decir lo social en cuanto tal, en el corazón de la constitución subjetiva. Para Lacan hay una socialización primordial de lo mental. Antes de su entrada en el psicoanálisis, esta orientación hacia lo social ya se hacía explícita; su tesis de psiquiatría sobre la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad comienza por una definición social de la personalidad. Asimismo, el punto de partida en su texto sobre los complejos familiares, es la instancia de la

⁴ Lacan ha revalorizado el término freudiano *Ich spaltung*, para ver allí el ser mismo del sujeto como división que tiene la estructura de una falta.

familia definida como instancia social, con referencia explícita a la sociología de Durkheim. Lacan se refiere a lo social para desligar de sus coordenadas naturales la aproximación a lo mental. De esta manera procede a situar lo mental, tal como lo hizo Freud, “en el intermedio de la oposición entre naturaleza y sociedad, entre lo natural y lo social” (Miller citado por Palomera, 2009: 1).

Por otro lado, Lacan reivindica la división del sujeto como una cuestión central en la teoría psicoanalítica. Los primeros años de su enseñanza se constituyen en crítica acérrima a la *Ego Psychology* como la corriente más representativa del pragmatismo adaptativo que caracterizó el desarrollo del psicoanálisis en los Estados Unidos. Los partidarios de esta corriente, Rudolf Loewenstein, Ernst Kris, David Rapaport, Eric Erikson y, sobre todo, Heinz Hartmann, sostienen una posición teórica que va en contravía del descentramiento del yo operado por Freud. Es importante recordar que en la formulación de su segunda tópica en 1923, Freud reafirma la primacía del inconsciente sobre el yo e introduce la noción de pulsión de muerte; noción que conmoverá la doctrina de las pulsiones (Roudinesco, 2006). En este contexto, Lacan considera necesario rescatar el carácter subversivo del descubrimiento freudiano y, por lo mismo, inicia su enseñanza bajo la bandera de un “retorno a Freud”, sirviéndose de las herramientas conceptuales del estructuralismo.

El yo no es el sujeto

La crítica de la noción del yo en contra de los teóricos de la *Ego Psychology*, se convierte en el principal caballo de batalla en el primer momento de la enseñanza de Lacan. Para los teóricos de esta corriente americana, el yo se autonomiza controlando sus pulsiones primitivas, adquiriendo así su independencia frente a la realidad exterior. La rectificación del yo para realizar su autonomía deviene en su modelo explicativo un modo imitativo de comportamiento, dejando de lado el mecanismo de la identificación como un proceso principalmente inconsciente. La teoría de la sexualidad y de las pulsiones también es sometida a una torsión similar en los desarrollos teóricos de la psicología del yo. Esta última se apoya en un rechazo radical a la pulsión de muerte, acompañado de un re-centramiento de la conciencia sobre el inconsciente (Roudinesco, 2006).

En su seminario del año 1954, Lacan aborda el descentramiento freudiano del sujeto a partir del descubrimiento del inconsciente: “El inconsciente escapa por completo al círculo de certidumbres mediante las cuales el hombre se reconoce como yo” (Lacan, 2002. Las cursivas son nuestras). Es otra manera de afirmar que el sujeto no se confunde con el individuo de la autoconciencia. Es así como desde ese momento de su enseñanza, Lacan puede apropiarse de la fórmula de Rimbaud, según la cual *yo es otro*. Sin desconocer la función del yo en la constitución subjetiva, Lacan la ubica en el lugar del desconocimiento, la ilusión, el espejismo. En otras palabras, el yo no quiere saber nada de la división que lo constituye. En la vida cotidiana, se puede constatar la turbación que produce cualquiera de los efectos de la división subjetiva, ya

sea que se trate de un lapsus, un acto fallido, o de un síntoma. Frente a eso que irrumpe, el yo siempre tiene justificación o una respuesta certera: “yo no quise decir esto sino aquello” o “yo no quiero saber”. Cualquiera de las irrupciones de los efectos de la división del sujeto son profundamente rechazadas por el yo, lo que muestra que el yo no es la instancia de dominio y de autonomía que permanentemente pretende encarnar.

El yo se forma en lo que Lacan denomina el estadio del espejo, cuando el infante asume jubilosamente como suya la imagen que el espejo le refleja.⁵ Este proceso de identificación con la imagen especular resulta ortopédico para el sujeto, quien en ese momento carece de potencia motriz y se halla en un momento de absoluta dependencia respecto del otro cuidador. El yo-ideal que le refleja el espejo lo sitúa en una dimensión ficticia porque le anticipa la *gestalt* de un cuerpo que el infante aún no tiene. Lacan ubica la instancia del yo en lo que él denomina el registro de lo imaginario, ya que es el producto de la identificación con una imagen especular. (Lacan, 2003/1949). El yo no es idéntico al sujeto; el yo es una función formadora del cuerpo humano, fundamental para situarlo espacialmente y permitirle una coordinación motriz y una percepción visual. Pero, al mismo tiempo, para Lacan el yo es enajenante e ilusorio por ser esa parte del sujeto que se satisface con su propia imagen.

Siguiendo al pie de la letra el mito de Narciso, Lacan ubica en el nivel de lo imaginario la relación mortífera que el yo establece con su semejante. Basta con observar la rivalidad típica de las relaciones fraternales en la infancia para situar la agresividad propia de la primeras relaciones que el sujeto establece con sus semejantes; dicha rivalidad imaginaria sólo vendrá a ser interrumpida por la intervención de un tercero, usualmente encarnado por un adulto investido de cierta autoridad. El tercer término introduce el registro de lo simbólico que, en términos lacanianos, es aquello que concierne el orden del lenguaje, aquello que inaugura el lugar del Otro. La definición lacaniana del yo tiene que ver con la imagen del cuerpo, en tanto unidad anticipada que proviene del otro, pero no sin la intervención de un tercero que constituye el orden simbólico como tal: “Es el estadio del espejo el que sitúa ese momento de constitución del sujeto y del yo por vía de la imagen anticipada como unidad en el espejo y la mirada del Otro portador de las palabras” (Najles, 2008).

El Otro y el sujeto del significante

Siguiendo el camino trazado por Freud, el sujeto que construye Lacan es profundamente social, ya que los elementos que lo constituyen provienen del Otro. El Otro es el lugar de los significantes, es el lugar del lenguaje, “que reúne todo lo que se ha dicho en la medida que es pensable, es el Otro de la Biblioteca de

⁵ En su teorización sobre la constitución del yo, Lacan retoma los trabajos del psicólogo Henri Wallon, quien describió la conducta de los niños pequeños frente a un espejo, publicando en 1931 un experimento de «prueba del espejo», cuyo fin era observar y controlar la manera en que el niño va aprendiendo a reconocerse en la imagen proyectada. Sin embargo, Wallon no dedujo de allí implicaciones para la formación yoica.

Borges, de la biblioteca total” (Miller, 1986: 18). Lacan llama Otro al lenguaje y al inconsciente, en la medida que está estructurado como un lenguaje. El otro —con o minúscula— es simplemente el alter ego o el semejante tal como se define en el registro imaginario, aquel donde se constituye el yo. Desde la perspectiva lacaniana, la relación del sujeto con el Otro es fundamental para entender el funcionamiento psíquico, lo que necesariamente conduce a considerar en la definición del inconsciente las nociones de discurso y de vínculo social (Miller, 1986).

El sujeto lacaniano es concebido como un efecto de la articulación significante, es decir que el sujeto siempre está representado por un significante “para otro significante” (Lacan, 2009/1975). Lo que define al sujeto lacaniano no es solo el hecho que pueda hacer uso del lenguaje, sino el hecho de que es efecto del lenguaje: el sujeto es hablado incluso antes de su propio nacimiento como ser biológico; su nombre y apellido, su inscripción en una genealogía, en una estructura familiar y en una cultura determinan su lugar como sujeto, incluso antes que él se percate de ello o que pueda emitir una palabra.

Lacan retoma la noción de significante de la lingüística estructuralista de Ferdinand de Saussure, pero invierte la fórmula según la cual el significante estaría subordinado con respecto al significado. En su curso de lingüística, de Saussure define el significante como imagen acústica o trazo sonoro que permite captar el significado al interior del signo lingüístico. Lacan se aleja de esta definición y le da la primacía al significante sobre el significado, trazando una barra entre ambos como barrera de significación. La función del significante para Lacan no es representar un significado ni una cosa, sino representar a un sujeto. La definición lacaniana de significante es: “Un significante (S_1) es lo que representa un sujeto (S, sujeto tachado) para otro significante (S_2)” (Lacan, 2009/1960). Es importante hacer énfasis en el hecho de que el significante no representa al sujeto para otro sujeto, lo que ubicaría erróneamente esta conceptualización en una teoría de la intersubjetividad (Gutiérrez, 2003).

Concebir al sujeto como un efecto de la articulación significante implica, de entrada, un alejamiento de toda aproximación solipsista o individualista de la subjetividad. El sujeto no puede atraparse por fuera de su subordinación al significante que lo articula a una cadena de significantes. Los significantes provienen siempre del campo del Otro; es decir que el sujeto, al estar subordinado al significante, se constituye en el campo del lenguaje, en el orden simbólico, en el campo del Otro. En su escritura alfabética, Lacan presenta al sujeto con una S atravesada por una barra diagonal ($\$$), para explicitar la división subjetiva operada por su sujeción al lenguaje. La barra también marca su propia anulación, la evacuación de su “ser”. El sujeto lacaniano, entendido como un efecto de sentido, es móvil y heterogéneo; es una formación pasajera, fugaz, carente de toda sustancia. Por lo mismo no tiene un estatuto óptico. El sujeto lacaniano no es equivalente a la

persona,⁶ ni al individuo; no es dato inicial, ni empírico. Es más bien una “discontinuidad en los datos” (Miller, 2005) y es en la experiencia clínica donde el sujeto del significante, el sujeto del inconsciente, hace su aparición: se manifiesta como un destello en los sucesos inesperados que irrumpen en el discurso consciente. Es el sujeto en su falla, en su división y vacilación, aquel que interesa al psicoanálisis. Definir al sujeto como efecto del significante implica asumir que el sujeto se constituye en una falla estructural. Es la falta en ser y no el ser lo que define al sujeto del psicoanálisis.

Si bien es cierto que el psicoanálisis lacaniano le otorga un lugar preponderante al Otro en la determinación del sujeto, la responsabilidad subjetiva no queda disuelta. Es decir que la determinación significativa no dispensa al sujeto de la decisión sobre su propia posición subjetiva, incluyendo su posición sexual. La lectura que hace Lacan del imperativo freudiano *wo es war, soll Ich werden* como “Allí donde eso estaba, el sujeto debe advenir”, da cuenta del estatuto ético y no óptico del sujeto (Basz, 2007). Es decir que allí donde el Otro del lenguaje dominaba, el sujeto debe asumir la responsabilidad no solo de lo que dice, sino de su modo de gozar del inconsciente. Se trata del sujeto de la elección, del sujeto de la enunciación, aquel que toma una posición frente a sus propios dichos. En la clínica psicoanalítica se constata este efecto de subjetivación o de localización subjetiva cuando el paciente deja de situar la causa de lo que le pasa en el otro y se pregunta sobre su propia decisión o posición de satisfacción respecto de lo que acontece en su vida (Gutiérrez, 2003). Desde la perspectiva del psicoanálisis, el sujeto no cuenta con el beneficio de la ignorancia o de la buena fe para atenuar su responsabilidad frente a sus actos.

El ser hablante y el cuerpo pulsional

El predominio de lo simbólico sobre el sujeto es una de las ideas más fecundas del psicoanálisis lacaniano, sobre todo en lo que compete a la definición profundamente social de la subjetividad. Sin embargo, los desarrollos teóricos de Lacan fueron más allá de “la primacía de lo simbólico”, contrario a la idea que circula comúnmente en los círculos universitarios que se han acercado a esta teoría sobre la subjetividad y que afirman que Lacan “es solo lenguaje”, ubicándolo en el registro del determinismo lingüístico. Si bien es cierto que la teoría lacaniana sobre el sujeto estuvo anclada en la teoría del significante a lo largo de la década de 1950, las exigencias clínicas condujeron a Lacan a reintroducir la noción de libido y de cuerpo pulsional que estuvo presente en Freud desde los inicios del psicoanálisis a finales del siglo XIX. Con este movimiento conceptual postuló entonces una nueva figura del sujeto que él denominó “parlêtre” (ser hablante / hablante-

⁶ El término persona, desde esta perspectiva, es un término del lenguaje común que se usa genéricamente para hablar del individuo humano. Lacan ligaba este término con el de *máscara*, para dar cuenta de su relación con el semblante en el sentido en que éste participa de lo imaginario y lo simbólico (Najles, 2008).

ser). Esta versión del sujeto tiene como eje el registro de *lo real*, entendido aquello que es imposible de aprehender por el significante.

Que el sujeto se encuentre subordinado al significante y determinado por el inconsciente, definido por Lacan como el “discurso del Otro”, no excluye el hecho de que el lenguaje se asienta en lo vivo, ni niega la relación de la subjetividad con la corporalidad. A pesar de que carece de una esencia, el sujeto no es una construcción meramente psíquica, ni tampoco semiológica. “Decir que la realidad psíquica es la realidad social implica que es por efecto del lenguaje en el cuerpo, por los dichos y no-dichos parentales que nos determinan, que se produce nuestra inserción en el mundo” (Miller, 2009).

El sujeto es el resultado de la acción significativa sobre un ser vivo. El sujeto, como cuerpo, alcanza su unidad en el “estadio del espejo”, anteriormente descrito, donde se modela el registro imaginario de la estructuración subjetiva. Esta dimensión está siempre articulada con el registro simbólico, es decir el lenguaje, y con lo real, resto que escapa a la simbolización. Para situar al sujeto del psicoanálisis hay que “servirse de la distinción de planos y de relaciones expresada por los términos imaginario, simbólico y real” (Lacan, 2002).

Es cierto que el pasaje de Lacan por las teorías estructuralistas de su época, en particular del lado de la lingüística, lo llevaron a acentuar la dimensión simbólica de la existencia subjetiva, y es cierto también que estos desarrollos conceptuales han sido los más referenciados en el ámbito académico. No empero, es en el ámbito de la práctica clínica, lugar por excelencia de la teorización del psicoanálisis, donde se ha hecho manifiesta la necesidad de acudir a los desarrollos conceptuales de lo que se denomina en los círculos psicoanalíticos la “última enseñanza de Lacan”, aquella donde reintroduce la temática freudiana del cuerpo pulsional, haciendo énfasis en la dimensión de lo real. En los años 70, los conceptos heredados de la lingüística estructuralista ceden el lugar a una nueva noción de goce como plus-de-gozar⁷ y con él a una noción de cuerpo como sustancia gozante, más allá de su dimensión imaginaria y simbólica. El retorno del cuerpo pulsional a la teoría psicoanalítica lacaniana significó un avance importante no solo para el abordaje de ciertos fenómenos clínicos, sino para continuar el desarrollo de la teoría psicoanalítica de la sexualidad. Con este movimiento teórico se plantea, entonces, otra figura del sujeto: un sujeto que, además de estar sujeto a la cadena significativa, tiene que vérselas con sus modos de gozar, es decir, con sus modos de satisfacerse, así sea del lado del displacer. De ello da cuenta el síntoma en la clínica. El síntoma, además de vehicular un sentido, trae consigo un modo de satisfacción sustitutiva que reproduce el sufrimiento subjetivo.

⁷ El concepto lacaniano de plus de gozar, homólogo al de plusvalía marxista, tiene su antecedente en el concepto freudiano de ganancia de placer: *Lustgewinn*. Lacan introduce la noción de *objeto a* como plus de gozar, para situar aquello que está preparado especialmente por su estructura para ser lugar de captura de goce. Captura ese plus, ese exceso de goce que sería recuperación de una pérdida, de una pérdida previa de goce. Según la perspectiva lacaniana, por el efecto estructural del significante sobre el cuerpo ocurre en el ser hablante una pérdida de goce y esta pérdida vehicula una recuperación de ese goce perdido a través de los objetos.

El goce es el nombre que le da Lacan a esa tendencia del aparato psíquico que se satisface en el sufrimiento. Podría decirse que es la forma que tiene Lacan de nombrar la noción de pulsión de muerte propuesta por Freud en su texto “Más allá del principio de placer” (1920) donde le da un vuelco a su doctrina sobre las pulsiones. Ciertos hallazgos clínicos, entre ellos las neurosis de guerra donde los excombatientes repetían en sus sueños la vivencia del trauma generando aún más malestar, llevaron a Freud a formular que la tendencia a la homeostasis, que él había conceptualizado como el principio de placer, no era la fuerza imperante en el aparato psíquico. Existe, según Freud, una tendencia que actúa de forma silenciosa pero insistente y que lleva al sujeto a encontrar cierta satisfacción en el dolor. El masoquismo es otra de las manifestaciones de esa tendencia que Freud nombró pulsión de muerte. Lacan, siguiendo estos desarrollos y tomando al pie de la letra la paradoja que encierra esta tendencia, propuso la noción de goce en oposición a la noción de placer.

El viraje conceptual que implica la introducción de la noción de goce como plusvalía en relación al lenguaje, enfrenta a Lacan con los límites de la lingüística como modelo explicativo, lo que lo lleva a buscar en la topología⁸ un lenguaje que le permita demostrar aquello que escapa a toda posibilidad significativa. Para dar cuenta de aquello que escapa a la significación y el sentido, Lacan se ve compelido a buscar en la formalización matemática una forma de teorizar aquello que denominó lo *real*. A través de sus investigaciones topológicas, Lacan encuentra en la formalización del nudo borromeo una forma dar cuenta de la estructura del sujeto y de las múltiples dimensiones de la realidad en la que está implicado (Gutiérrez, 2003).

En los desarrollos tardíos de Lacan encontramos que el sujeto, más allá de su determinación significativa, es un sujeto que goza de un cuerpo y esto, por supuesto, complejiza el abordaje del lazo social ya que el aspecto pulsional del sujeto se resiste a la sociabilidad. Se trata de un núcleo de la subjetividad que no es absorbido por el lenguaje como aparato que produce y reproduce sentido y que, por lo tanto, llevaría a la posibilidad de una interacción comunicativa y a un entendimiento a través del diálogo (Habermas). El sujeto del psicoanálisis no existe sin el Otro, pero hay algo en él que se resiste a ser absorbido de manera totalizante por el universal.

⁸ La topología es una rama de las matemáticas que se hizo prominente hacia finales del siglo XIX y que se ocupa de los aspectos invariantes de las figuras geométricas cuando estas se están transformando. Por ejemplo, un círculo y una elipse son consideradas figuras topológicamente idénticas, ya que la primera puede transformarse en la segunda mediante un proceso de deformación continua, es decir un proceso que no involucraría cortar ni pegar. Las referencias lacanianas a las figuras topológicas se centran en la banda de Moebius, la botella de Klein y el toro.

El sujeto y el discurso como lazo social

La preocupación por el vínculo social y por las complejas relaciones del sujeto en sociedad estuvo siempre presente en la obra de Freud. En su texto de 1921, sobre la psicología de las masas, Freud expone su teoría respecto del vínculo social, sosteniendo que la identificación es un tipo de ligazón libidinal que está en la base del vínculo social. En su texto de 1927, sobre el malestar en la cultura, Freud va a encontrarse con aquello que imposibilita el lazo social y lo va a dejar como un problema irresuelto. La noción de pulsión de muerte es lo que hace tropiezo a la tendencia civilizadora de la cultura. Hay algo que se atraviesa en el camino de la sociabilidad y de la convivencia, y este algo resiste con fuerza a cualquier proyecto reformista desde la perspectiva social y económica. Las exigencias pulsionales son contrarias a la cultura, pero al mismo tiempo son tan humanas como ésta, lo que sitúa un antagonismo irreconciliable que estaría en la base del vínculo social y que se presenta como tropiezo a la vida en comunidad (Berenguer, 2009).

Cuando se trata de dar luces sobre el vínculo social desde la teoría psicoanalítica, no podemos hacer caso omiso de lo pulsional, aquello que se atraviesa en el camino de la realización plena del mandamiento sobre el “amor al prójimo”, tal como lo plantea Freud en su texto de 1927, donde señala la paradoja que dificulta la vida en sociedad. Por un lado, la cultura se propone en ligar por vía de la identificación a los seres humanos, oponiéndose a las exigencias pulsionales; pero, por otro lado, el vínculo social se constituye como un lazo libidinal, es decir que sin libido no habría vínculo posible, lo que introduce de nuevo el problema de la pulsión que, por definición, se satisface de forma solitaria, autoerótica, valiéndose de cualquier medio y prescindiendo del otro (Berenguer, 2009).

Lacan partirá de la paradoja planteada por Freud para proponer un abordaje de la problemática del lazo social elaborando su teoría sobre los discursos. Para Lacan se tratará, entonces, de responder a la misma pregunta introducida por Freud: ¿Hay relación posible entre lo simbólico —o la cultura en Freud—, y lo real —o la pulsión en Freud—? Pregunta que tendrá diferentes respuestas de acuerdo a los momentos de la enseñanza de Lacan. En la década de 1950, la época marcada por la primacía de lo simbólico, encontramos un Lacan optimista con respecto al poder del significante frente a lo pulsional. El real de la pulsión puede metaforizarse, y esto se ilustra a través de la lectura que hace Lacan del célebre historial clínico freudiano sobre la fobia de “Juanito”.⁹ Sin embargo, no todo lo real es susceptible de ser tramitado por la operación metafórica. Siempre queda un resto no metaforizado que se hace metonimia, según Lacan, y que opera entonces como punto de partida del deseo del sujeto (Berenguer, 2009).

⁹ En su seminario IV, Lacan plantea sus fórmulas de la metáfora paterna en relación al caso Juanito, sosteniendo que para este niño se trata de construir metáforas con las que busca elaborar algo de ese deseo materno que surge como enigmático y amenazador, causándole angustia. Ese real amenazante y angustiante es metaforizado por el niño a través del síntoma fóbico y de una serie de construcciones fantasiosas y formaciones del inconsciente.

Tres años más tarde, en su seminario *La ética del psicoanálisis (1959-1960)*, Lacan plantea que existe una relación de oposición radical entre lo simbólico y lo real, poniendo el énfasis en que hay más bien algo no se metaforiza, un obstáculo central a la posibilidad del tratamiento de lo real a través de los mecanismos del lenguaje. En este seminario se plantea lo real como aquello que se opone a lo simbólico pero, al mismo tiempo, constituye su núcleo. (Berenguer, 2009). Diez años después, en el seminario XVII, Lacan introducirá una nueva relación entre lo simbólico y lo real, sirviéndose de una conceptualización novedosa de la categoría conceptual de discurso.

Influenciado por las críticas de ciertos intelectuales marxistas, principalmente Gramsci y Batjin, con respecto al formalismo lingüístico saussuriano de los años 20 y 30, Lacan se ve llevado a pensar una forma novedosa de anclar la lengua en el discurso. Cuando expone su teoría de los discursos en 1969, está igualmente en diálogo con el Foucault de la *Arqueología del saber* y *El orden del discurso*, donde se elabora la noción de discurso como “realidad encarnada, efectuada, pronunciada, que tiene consecuencias en lo social porque tiene efectos de autorización o desautorización, entre otros” (Berenguer, 2009: 23). Al plantear una relación intrínseca entre autoridad y lenguaje, entre poder y lugar de la enunciación, Foucault propone en *El orden del discurso* un programa compuesto por tres decisiones, que podrían sintetizarse así: poner en duda nuestra voluntad de verdad; restituir al discurso su carácter de acontecimiento y; abolir la soberanía del significante (Foucault, citado por Berenguer, 2009). La tercera interpela directamente a Lacan en su aprehensión de la teoría del significante elaborada a partir de la lingüística estructural de Saussure. Para Foucault, remitirse al significante es hacerse aliado de los mecanismos de poder vehiculados por el lenguaje; el significante no es supra-discursivo, sino que su valor es relativo al discurso en el cual se inscribe. Sin embargo, cuando se formaliza esta crítica foucaultiana del significante, Lacan ya había adelantado su propia crítica del abordaje estructuralista donde reconoce las limitaciones epistémicas que trae consigo la pretensión de plantear sistemas cerrados que no son capaces de describir sus reglas de formación y transformación. Él mismo encuentra un límite en la noción de estructura porque hay en ella una tendencia a establecer una completud que no daría cabida a las transformaciones (Berenguer, 2009).

Realizando una operación de reducción a lo mínimo de la estructura y haciendo énfasis en aquello que más interesa al psicoanálisis, la causación subjetiva, Lacan propone los tres primeros términos de su matema¹⁰ del discurso:

$$\frac{S_1}{S} \longrightarrow S_2$$

¹⁰ Matema es un término creado por Lacan en 1971 para designar una escritura algebraica que permite formular científicamente conceptos psicoanalíticos y transmitirlos en términos de estructura.

Las dos primeras letras son S_1 y S_2 . La tercera es la S tachada ($\$$), el sujeto. Lo que interesa aquí es destacar cómo a partir de una serie de funciones discursivas se produce un sujeto. Lacan se refiere, al igual que Foucault, a las nociones de saber y verdad, pero las plantea de una forma distinta. La diferencia radica en que la propuesta de Foucault va a permanecer en una crítica al estructuralismo basada en la idea de que el motor de la historia es una especie de voluntad de poder, dejando por fuera de su esquema explicativo al sujeto y a la pulsión. Eso que Foucault deja por fuera del discurso es precisamente lo que interesa a Lacan. La inclusión de la pulsión como aquello que siempre queda por fuera del lenguaje, así como de la producción del sujeto, constituirá el núcleo de la innovación lacaniana en su matematización de los discursos. Lacan encuentra, así, la forma de incluir en su teoría sobre los discursos el nodo más problemático cuando se trata de responder a la pregunta planteada por Freud sobre la posibilidad e imposibilidad del vínculo social.

En su teoría del discurso, Lacan comienza dando cuenta de cómo surge el sujeto en él, para luego dar el paso hacia la inserción del goce en el dispositivo discursivo. En el matema del discurso, el goce se escribe con *a* minúscula (Brousse, 1999).

$$\frac{S_1}{S} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

Los elementos de arriba, S_1 y S_2 , no son otra cosa que la reducción de la estructura significante de Saussure. Se trata del significante amo (S_1) y del significante binario (S_2). El segundo tiene la connotación de saber y de sentido. La relación entre estos dos significantes causa la emergencia de un sujeto dividido, ubicado debajo del significante amo, lo que indica que es un sujeto sometido y, a la vez, identificado al S_1 . La identificación del sujeto al S_1 nos remite directamente a la noción de identificación desarrollada por Freud en su teoría sobre las masas; en el discurso hay unos significantes con los cuales el sujeto puede identificarse, significantes que lo van a representar en lo social. Pero, al mismo tiempo, el sujeto está sometido a un significante que lo domina, lo que sugiere un eco con el planteamiento foucaultiano del poder. Finalmente, el sujeto está dividido, ya que, debido a la dualidad intrínseca del mecanismo del lenguaje (S_1 - S_2), el sujeto nunca podrá lograr una plena identificación. Esto significa que el discurso produce a la vez efectos de identificación y de división subjetiva. Es así como introduce Lacan la producción del sujeto en el discurso (Berenguer, 2009). Se trata de un sujeto dividido, sometido e identificado; y es precisamente de esta división que se derivará el cuarto elemento del discurso.

La letra *a* es una innovación lacaniana para introducir lo pulsional en este matema. Con esta letra, Lacan retoma las elaboraciones freudianas en torno al objeto de la pulsión, ese objeto que está primordialmente perdido pero cuya recuperación no deja de ser la meta del empuje pulsional. El *objeto a* comporta la traza de

una pérdida (un menos), pero, al mismo tiempo, comporta el empuje hacia la recuperación de un plus de satisfacción (un más). El discurso en Lacan no está hecho únicamente de elementos provenientes del lenguaje, sino que también incluye una cuota de satisfacción. Cada modalidad de discurso produce entonces una forma de satisfacción¹¹ (Berenguer, 2009).

El matema de los discursos de Lacan es la formalización de su teoría sobre el sujeto y el lazo social. Se trata de una elaboración teórica que resuelve algunos de los impasses y paradojas señalados por Freud en sus textos sobre la sociedad y la cultura. Cuando de hablar de lo social se trata, desde el psicoanálisis, no podemos renunciar a dos corolarios que definen al sujeto del psicoanálisis: el lenguaje, por un lado, y la satisfacción pulsional, por el otro. La teoría de los discursos de Lacan logra incluir en una misma ecuación estos dos elementos heterogéneos y contrapuestos para dar cuenta de algunas de las formas discursivas del malestar en la cultura.

Considerando lo anterior, sería valioso contribuir a la puesta en diálogo de esta propuesta teórica sobre el sujeto y el lazo social no solamente con las teorías construccionistas, sino también con otras que desde la sociología y la antropología han encontrado que la categoría de subjetividad es un elemento ineludible en la reflexión sobre lo social.

El sujeto en perspectiva: algunas puntuaciones con miras a un debate con otros saberes

Para concluir, consideramos pertinente hacer una serie de puntuaciones sobre la noción de sujeto que se ha expuesto a lo largo del artículo, con el fin de proponer puntos de debate con otras teorías y modelos explicativos actuales en la psicología y en las ciencias sociales:

- 1) La teoría psicoanalítica, en particular las teorías freudiana y lacaniana, pone de relieve la particularidad del ser humano definiéndolo como un ser hablante que se diferencia de los demás animales. Desde esta perspectiva, el lenguaje humano, más que un sistema de signos es una estructura simbólica compleja que implica la articulación con la subjetividad de cada uno; subjetividad que incluye modos de satisfacción pulsional. En este contexto, el vínculo social está impregnado de esa subjetividad particular.
- 2) El sujeto del psicoanálisis no es idéntico al individuo, en la medida que está determinado desde el comienzo, aun antes de su existencia biológica, por el Otro. El Otro es primordial para el sujeto. El Otro es la denominación lacaniana de la cultura, del mundo simbólico compuesto de redes

¹¹ En su seminario XVII, Lacan propone cuatro modalidades de discurso: el discurso del amo, el discurso de la histérica, el discurso universitario y el discurso del analista.

significantes que van a tener como efecto el sujeto. Desde esta perspectiva, la subjetividad estaría siempre articulada a lo social.

- 3) Definir al sujeto como sujeto de la palabra, lo convierte en una instancia esencialmente móvil. El sujeto es tan móvil como los efectos de sentido en el lenguaje. Los significantes que componen al Otro remiten siempre a otros significantes, sin significación específica. Pero, al mismo tiempo, al estar atravesado por lo pulsional y tener un cuerpo que goza, el sujeto tiene un punto de invariabilidad.
- 4) A pesar de su sujeción a los significantes alojados en el Otro, el sujeto conserva la posibilidad de asumir una posición frente a sus propios dichos y los dichos de los otros, es decir, de posicionarse frente al otro. La sujeción al otro no sitúa necesariamente al sujeto como un ente sobre-determinado cuya libertad y responsabilidad subjetiva quedarían reducidas. El sujeto es siempre responsable tanto de sus dichos como de las formas de satisfacción y de goce que ha elegido.
- 5) El sujeto del psicoanálisis no es idéntico al “ser humano”, ni a la “persona”, ni al “yo” ni al “self”. No es el sujeto transparente del auto-conocimiento o de la empatía, ni el sujeto de la personalidad o la identidad. Se trata, en cambio, de un sujeto dividido por el significante que no lo representa plenamente en su ser; un sujeto atravesado por un falta estructural que tiene que ver con un saber no sabido por él, pero que lo determina como sujeto.

Finalmente quisiera dejar planteadas algunas ideas que invitan a un posible debate o que proponen puntos de resistencia con respecto a otros saberes ubicados en la psicología y otras ciencias sociales:

- 1) Frente a algunas tendencias reduccionistas, organicistas y biologicistas, del lado de las neurociencias principalmente, el psicoanálisis revaloriza la dimensión de lo psíquico manteniendo la vigencia de su hipótesis sobre lo inconsciente, cuya explicación no se localizaría en un correlato con un área del cerebro, sino en los dichos y síntomas de un sujeto en la experiencia psicoanalítica.
- 2) Frente al construccionismo social y a las críticas que desde los estudios feministas, gays, queer y lesbianos se plantean al psicoanálisis, habría que acentuar la noción de *lo real* o *lo pulsional* como elemento constitutivo de la subjetividad, y que se plantea como un obstáculo a la “forma incesante de modificación” y de invención de sí mismo proclamadas por Foucault.
- 3) Frente a los protocolos de evaluación y clasificación promovidos por las terapias cognitivo-conductuales, cuya pretensión cuantificadora tiende a eliminar la subjetividad, el psicoanálisis hace énfasis en aquello del sujeto que escaparía a los protocolos de evaluación y a la cifra. La noción de subjetividad en psicoanálisis, tal como se ha expuesto, no puede ser aprehendida por los dispositivos de evaluación,

control y clasificación con el fin de predecir conductas y de minimizar los riesgos. El deseo subjetivo preserva algo de lo insondable.

- 4) Frente al sujeto —o más bien la ausencia de sujeto— del modelo cibernético que subyace a la mayoría de las teorías contemporáneas de la psicología cognitiva, y que parte del supuesto de que el funcionamiento mental y el de la máquina computacional comparten la misma forma de aprender, procesar signos y decodificar información, el psicoanálisis trae la noción de sujeto escindido, cuyo eje no es la racionalidad o la conciencia.
- 5) Frente al movimiento del *revival of the subject*, propuesto principalmente desde la sociología, en particular por el teórico francés Alain Touraine (citado por Gutiérrez, 2003), cuyo valor radica en la construcción de una categoría de sujeto sociológico, transparente a sí mismo y a su conciencia reflexiva, unificado por su yo, capaz de definir los términos de su propia inserción en la historicidad, la teoría psicoanalítica pondría de nuevo de relieve el sujeto del inconsciente, aquel que no solo está en la búsqueda del bien para sí mismo y para el prójimo, sino que también está habitado por la pulsión de muerte; y es en esta última, escribía Freud, “donde la cultura encuentra su obstáculo más poderoso” (Freud, 2004 /1927: 117).

Si bien es cierto que el psicoanálisis se ubica del lado del sujeto, la noción de subjetividad con la que opera no puede pensarse desde un solipsismo, ni mucho menos en términos de la dicotomía individuo-sociedad. El sujeto del psicoanálisis es impensable sin referencia a su vínculo con el otro y a su lazo de sujeción con el lenguaje. Situarse del lado del sujeto no solo tiene consecuencias importantes en el campo clínico y de la teoría psicoanalítica, sino también implicaciones éticas, en la medida que busca preservar un espacio de resistencia frente a algunos movimientos de la sociedad moderna que tienden a privilegiar los resultados técnicos, la medición y las soluciones químicas a los padecimientos del alma. Frente a cierta reducción del sujeto de nuestra época a una especie de hombre-máquina, de quien se espera y exige eficacia, felicidad y ausencia de conflictos y flaquezas, el psicoanálisis toma partido por la subjetividad y pone en primer plano la palabra del sujeto. Es el sujeto el más indicado para hablar acerca de aquello que lo atormenta; es el más indicado para nombrar eso que le produce goce y sufrimiento. Además, es el único que puede hacerse cargo de modificar la posición que ha asumido frente a su propia vida.

Referencias bibliográficas

- Basz, S.** (2007). Acerca de posición del inconsciente de Jacques Lacan. En: Basz, S., Solano-Suarez, E. et al. *Posición del inconsciente. Kant con Sade. Cuadernos del INES 4*. Bogotá, Colombia: NEL-CID.
- Berenguer, E.** (2009). *Discurso y vínculo social. Seminario de orientación lacaniana de Bogotá*. Bogotá, Colombia: NEL.
- Brousse, M. H.** (1999). *Los cuatro discursos y el Otro de la modernidad*. Cali, Colombia: NEL.
- Canedo, L.** (2003). El paso copernicano en Freud. *Nodus. Revista Virtual de la Sección Clínica de Barcelona*, 8.
- Cottet, S.** (2006). El descubrimiento de Freud. *Virtualia. Revista Virtual de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 5 (Número extraordinario).
- Freud, S.** (2004). Lo inconsciente. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas*. (Vol. XVII. pp. 153-213). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S.** (2004). Una dificultad del psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas*. (Vol. XVII. pp. 125-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S.** (2004). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas*. (Vol. XVIII. pp. 63-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S.** (2004). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas*. (Vol. XXI. pp. 57-140). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1927).
- Gutiérrez, D.** (2003). El reverso del sujeto sociológico. *Revista Universidad EAFIT*, 39 (131) 41-59.
- Lacan, J.** (2001). *La psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J.** (2002). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.
- Lacan, J.** (2003). El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia analítica. En *Escritos I*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1949).
- Lacan, J.** (2003). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1960).
- Lacan, J.** (2003). Posición del inconsciente. En *Escritos II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J.** (2003). La ciencia y la verdad. En *Escritos II*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J.** (2003). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Barcelona, España: Paidós. (Trabajo original publicado en 1978).
- Lacan, J.** (2009). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Barcelona, España: Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J.** (2009). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Barcelona, España: Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).
- Miller, J. A.** (1986). *Conferencias caraqueñas: Recorrido de Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Miller, J. A.** (2003). El genio del psicoanálisis. *Virtualia. Revista Virtual de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 2 (7).
- Miller, J. A.** (2005). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina: EOLIA-Paidós.
- Miller, J. A.** (2009). Hacia PIPOL 4 - Contexto y apuestas del Encuentro - Textos fundamentales. *IV Encuentro Americano del Campo Freudiano. El síntoma y el lazo social*. Asociación Mundial de Psicoanálisis. Buenos Aires, 28-29 de noviembre de 2009.
- Najles, A. R.** (2008). *Problemas de aprendizaje y psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.

Palomera, V. (2009). El sentimiento de la realidad. *Texto preparatorio para el IV Encuentro del Programa Internacional de Psicoanálisis aplicado de Orientación Lacaniana (PIPOL 4)*. Barcelona 11 y 12 de julio de 2009.

Roudinesco, E. (2006). La América freudiana. *Virtualia. Revista Virtual de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, 5 (Número extraordinario).

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Castro, X. (2014). El sujeto del psicoanálisis: más allá de la dicotomía individuo-sociedad. *Revista Affectio Societatis*, Vol. 11, N.º 21 (julio-diciembre 2014), pp. 102-121. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>